

“...a nombre de la libertad...”: Latinoamérica ante la dinastía Jeffersoniana.

Giuseppe Cocco (1) y Jeudiel Martinez (2)

1- Profesor Titular da la Universidad Federal de Río de Janeiro, miembro del Programa de Posgrado en Ciencias da la Información (PPGCI/ECO/IBICT), coordinador del Laboratorio Territorio y Comunicación (LABTeC)

2- Investigador del Laboratório Territorio y Comunicación de la Universidad Federal de Río de Janeiro (LABTeC)

“...y los Estados Unidos que parecen destinados por la Providencia para plagar la América de miserias a nombre de la Libertad...”. - Simón Bolívar. Carta a Patricio Campbell.

“He was impregnably armored by his good intentions and his ignorance.” - Graham Greene. The Quiet American

Demonología

“Ayer el diablo estuvo aquí. Huele a azufre todavía”. Dijo Chávez ante la Asamblea General de la ONU en 2006. Sus ataques a George Bush y Condoleezza Rice se habían hecho parte del folklore latinoamericano en esos años antes del desastre. Es verdad que otros mandatarios decían cosas parecidas desde tribunas internacionales pero eran tiranos o representantes de gobiernos autoritarios, Chávez, un mandatario electo que había sobrevivido a un golpe de estado, parecía revitalizar el anti-imperialismo que, tras la caída del

muro, había quedado reducido a la consignas en las universidades. En realidad el lamentable fracaso del Golpe de Abril, el acuerdo con Carter y el que los EEUU se resignaran no solo a que casi toda Sudamérica les diera la espalda sino a que creara intensos lazos con potencias como China, Irán y Rusia indicaba que las doctrinas y estrategias que habían orientado su política exterior por casi 200 años se habían agotado.

Pero los principales beneficiarios de ese cambio, populismos, desarrollismos y caudillismos, se negaban a reconocerlo. Chávez hizo fortuna con la usual mezcla de citas de Chomsky, poemas de Galeano, y discursos de Fidel Castro en que los Estados Unidos cada vez más dejaban de ser un ente geopolítico para convertirse en uno metafísico. Ya no parecía un discurso marxista o nacional popular, secular, sino uno religioso al estilo de los chiitas iraníes, parte de una lucha escatológica:

“Ayer desde esta misma tribuna el señor presidente de EE UU, a quien yo llamo el diablo, vino aquí hablando como dueño del mundo; un psiquiatra no estaría de más para analizar el discurso de ayer, como vocero del imperialismo vino a dar sus recetas para tratar de mantener el actual esquema de dominación y saqueo” (1)

La repulsa de Chávez a Bush y los EEUU, sin embargo, no llegaba en el vacío ni fue mal recibida: la década de la Guerra contra el Terror parecía hacer retornar, multiplicadas, las dinámicas de la Guerra Fría. De hecho si durante todo ese periodo EEUU mantuvo una considerable popularidad en América Latina durante la Guerra contra el Terror el rechazo se hizo mayoritario (2). EEUU no solo parecía retroceder al peor imperialismo sino que, como descubriríamos luego, demostraba ahora una incapacidad total para generar orden o estabilidad. Pero eso no quería decir ni que la situación fuera exactamente la de 50 años atrás ni mucho menos que EEUU fuera un diablo, si es algo es un enigma y seguramente una amenaza pero una humana, demasiado humana.

Las denuncias a los EEUU como un estado fascista o totalitario circulan desde los 60s, también la noción de que las relaciones que establece con el mundo, en particular con el Sur, son de dominación y básicamente de saqueo:

siempre renovada. Esta metafisicación de los Estados Unidos forma parte de la deriva global de la izquierda hacia un pesimismo ontológico e identitario no justificado en la lucha que se puede dar **sino en la dominación que se está condenado a padecer.**

El imperialismo es necesario para que la vieja danza entre Imperialismo y nacionalismo pudiera seguir escenificándose indefinidamente incluso entre las ruinas prematuras de Odebrecht y el colapso de Venezuela. Sin embargo, tal como con el racismo, el colonialismo y el patriarcado la cuestión no se trata de negar que existan ciertas relaciones de poder desiguales sino de la permanencia de aquellas del pasado: En perfecta analogía con la resistencia de los feminismos de izquierda a dejar de pensar en términos de patriarcado, las izquierdas en general se resisten a abandonar no solo la retórica anti-imperialista sino las teorías sobre el imperialismo y no faltan quienes incluso se refieren a países como Argentina, Brasil y Venezuela como “neocoloniales”. Las violentas polémicas que siguieron a la publicación de *Empire* de Negri y Hardt demostraron no solo una defensa “territorial” de conceptos como pueblo y clase sino de otras como Imperialismo y Colonialismo. Los argumentos *ad hominem* contra Negri obviamente no resuelven el

problema de si el concepto de imperialismo todavía tiene vigencia o capacidad explicativa y mucho menos de si el colonialismo y el eurocentrismo pueden ser convertidos en principios de explicación general como quieren los decoloniales.

En este texto estudiaré las mutaciones en las relaciones de poder en el continente americano sin una particular simpatía por los Estados Unidos, pero más allá de los paradigmas nacional-populares o marxistas. Como el lector verá EEUU no aparecerá en una luz más favorable, simplemente distinta: América Latina durante el siglo XX fue para EEUU **una fuente de riesgos** más que una fuente de riquezas considerada no dentro de la esfera de la economía sino de la mucho más amplia de la seguridad. Fue la dinámica de las luchas populares, ciudadanas y obreras, junto a una creciente autonomía de los Estados y las elites, los que básicamente agotaron el imperialismo norteamericano aunque, en un giro dramático, lo hicieron en el mismo momento en que los Estados Unidos pasaban a ser un componente esencial en nuevo orden geopolítico que, siguiendo a Antonio Negri y Michael Hardt puede ser llamado **Imperial** más que imperialista -y que en los de Wark llamaríamos **vectorialista**.

En ese sentido esperamos mostrar que EEUU no posee una hegemonía planetaria indiscutida, ni siquiera una centralidad, ni mucho menos es el Imperio, pero si es uno de sus componentes esenciales en una

relación esencialmente asimétrica e inestable –tal vez caótica- con los otros componentes, una **dinastía** que aunque conserva rasgos vestigiales de su pasado imperialista opera en un nivel distinto al de los otros estados como emisor y generador de vectores geopolíticos en una escala más allá del simple imperialismo en que solo la otra dinastía emergente, China, puede comparársele.

El mañana que nunca fue.

Los signos más claros del paso del imperialismo al Imperio en América Latina fueron el consenso de Washington y la democratización que, a su vez, son los resultados directos de la crisis del desarrollismo, el ascenso de las finanzas y del colapso de los gobiernos autoritarios fueran de índole oligárquica o militar. En efecto, desde los años 80's el FMI, una instancia supranacional, se convirtió en el árbitro indiscutible de la política latinoamericana y las intervenciones militares y paramilitares del Comando Sur y la CIA parecieron dar paso a las operaciones policiales de la DEA en países como México, Colombia y Bolivia. En 1989 Bush invadía Panamá restableciendo el régimen constitucional, en 1990 los Sandinistas salían del poder electoralmente y las guerras centroamericanas terminaban con sendas negociaciones que convertían las guerrillas en partidos mientras la democracia liberal se convertía en el estándar. Nuevas formas de comunicación emergían con

la televisión por suscripción y CNN se convertía a la vez en la principal fuente de información planetaria y el nuevo modelo para los medios globales.

Más allá del continente la URSS colapsaba y poco después Bush aplastaba la aventura de Hussein al invadir Kuwait al frente de una coalición internacional sancionada por el Consejo de Seguridad de la ONU. Al negarse a derrocar a Hussein y a conquistar Irak – aunque destruyendo sus capacidades militares - Bush parecía, efectivamente, inaugurar un tipo de poder e intervención distintos al imperialismo basados en coaliciones y la autoridad de instancias supranacionales: EEUU como gendarmería planetaria.

El cierre parecía tan neto y perfecto que incluso Bush, un *Cold Warrior* de pura cepa perdió la elección sorpresivamente dándole paso a Clinton como si hiciera falta un completo *reset* en la presidencia para iniciar la nueva era. Clinton, un *homo novus* de Arkansas, de origen popular, menos famoso y mucho más joven y carismático, representaba nuevo tipo de Demócrata abierto al neoliberalismo pero opuesto a sus variantes neoconservadoras y a todo lo que quedara de la Era de Reagan. Bush ya había insinuado, en sus viajes triunfales por América Latina, que una zona de libre comercio para las Américas sería una forma de cumplir el sueño de Bolívar pero fue con Clinton en 1994 cuando en la primera Cumbre de las Américas se firmó un acuerdo para crear el Área de Libre Comercio

de las Américas. El futuro parecía definido por una “tendencia irreversible”.

Imperio de Negri y Hardt es un producto inseparable de esa época, que hoy parece tan remota, en que descolgar el teléfono interrumpía la transmisión de internet. Y si usted es un lector latinoamericano (por no decir uno del Medio Oriente) tiene derecho de sonreír maliciosamente, hasta de reír, ante el retrato que *Imperio* hace de los Estados Unidos: sea por el elogio de la “utopía política concreta” de Wilson (3) o por frases que el tiempo ha hecho involuntariamente cómicas: *Aún si fuesen reluctantes, los militares norteamericanos tendrían que responder al llamado en el nombre de la paz y el orden* (4). Sonrisa por una mirada benévola sobre los EEUU que, contrario a lo que cree la mayoría, es de la más pura tradición marxiana- la encontramos en Marx e incluso todavía en Trotsky. Por las profecías mal sucedidas pues el futuro no guardaba nada parecido a lo que Imperio auguraba: la invasión a Irak y el fracaso lastimoso del intento de reconstruirlo, la risa de la Clinton ante la muerte de Arafat y el colapso del norte de África, los *Predators* de Obama, la aurora de *Boko Harám* y el Estado Islámico, Guantánamo y *Abu Grahib* vienen a la mente tan rápido como el caos de EEUU ante el Covid y la ruptura de *Chimerica* en el soberanismo caótico de Trump. Todo muy lejos de un Imperio que: “no se forma sobre la base de la fuerza propiamente, sino sobre la base de la capacidad para

presentar a la fuerza colocada al servicio del derecho y la paz” (5). Sonrisa pues en ciertas partes del mundo se conoce mejor que en otras el reverso del utopismo de Wilson o Kennedy, su esencial **hipocresía** que está lejos de ser un problema moral. Todavía peor: está la sospecha de que luego del 11 de Septiembre la proyección planetaria del poder americano es casi siempre catastrófica y que su excepcionalismo, expresión del *uncheckable power* de las superpotencias, que a la vez garantiza y socava las nuevas formas planetarias de soberanía que Negri y Hardt definieron.

Sin embargo nuestra risa ante el libro no es amarga: es la risa que se siente al ver un viejo seriado de ciencia ficción que capta perfectamente bien la tendencia del mundo que vendrá pero la plasma en los términos del pasado: computadores analógicos gigantes, “cohetes atómicos”, pistolas de rayos y robots aparatosos hacen excelentes piezas para el coleccionista pero pésimas anticipaciones: *Imperio* dedujo demasiadas cosas de un periodo de tiempo demasiado corto y, como tal, en cierto sentido una simple amplificación de su presente al estilo de la *Space Opera* como si el futuro no fuera más que una interminable Era Clinton. Como en la hermosa historia de Gibson *El Continuo de Gernsback* (6) al leerlo parece que estamos ante “el mañana que nunca fue”, en esos pasajes utópicos *Imperio* parece uno de los “fantasmas semióticos, trozos

de imaginaria cultural profunda que se han desprendido y adquirido vida propia, como las aeronaves de Julio Verne” (7).

No es un insulto sino un halago para un libro teórico tener algo en común con la ciencia ficción e Imperio, contemporáneo con *Matrix* y *Ghost in The Shell*, de las protestas de Genova, los Zapatistas y la música de *Rage Against The Machine* parece una verdadera memorabilia de los noventas: casi un ciberpunk optimista alimentado por Haraway y Deleuze que podemos ver con nostalgia. Pues si *Matrix* tenía como base la distopía de Baudrillard (momento importante de ese desaliento interminable que muchos autores franceses heredaron de la Escuela de Frankfurt) Imperio demostraba una clara tendencia utópica. Sin embargo está claro que no es un libro ingenuo y sus anticipaciones desafortunadas deben ser sopesadas en relación a un entendimiento claro de las tendencias de su presente que también son las del nuestro.

Dinastía.

En más de un sentido las secuelas de Imperio *Multitud* y *Commonwealth* corrigieron los errores y conclusiones apuradas del primer libro de la serie en una elaboración teórica más rica. Sin embargo, la proclamación de la Paz Imperial en las páginas de Imperio no puede contrastar más con las que, en *Multitud*, muestran la guerra como régimen biopolítico. Pero lo que

en este punto parece claro es que ni el anti-imperialismo de la izquierda (una mutación del viejo antiamericanismo reaccionario de las elites latinoamericanas al estilo de Rodó y Vargas Vila) ni el optimismo marxiano hacia los EEUU como el que aparece en Imperio dan cuenta de procesos de corrupción que, aunque muy lejos de hacer de los Estados Unidos un estado totalitario, como quiere cierta demagogia, si muestran tendencias tiránicas y oligárquicas.

Es cierto, como dicen Negri y Hardt que los EEUU no pueden por si solos sin instituciones imperiales - es decir, supranacionales, ecuménicas y planetarias- que no tienen la fuerza ni la centralidad que tenían antes pero también lo es que el imperio no puede funcionar sin EEUU que, nos parece, como entidad geopolítica es más que un simple imperialismo pero menos que el imperio en su totalidad, es decir, una figura o magnitud geopolítica que tiene al mismo tiempo dimensiones – hipertrofiadas- de estado nacional y dimensiones imperiales.

Ya Negri y Hardt han definido a los EEUU como el componente monárquico en una constitución polibiana: monarquía del dólar, la bomba atómica y (8) parte de una gobernanza global que no es ni un Estado Planetario ni una estructura centralizada pero es portadora de un nuevo tipo de soberanía. Dentro de ese marco conceptual queremos comenzar a esbozar un concepto a la vez alternativo y complementario: el de *Dinastcomponentesía* que englobaría a

los monárquicos del imperio y corresponde a lo que descriptivamente llamamos una superpotencia, es decir, una singularidad geopolítica (en un sentido cercano al físico y el informático) que se presenta como un Estado con dimensiones planetarias.

Además de continental y multiétnica o multinacional la Dinastía implica y controla lo que Serres ha llamado “objetos mundo”: “*entended por ello “útiles” de los que una de sus dimensiones es conmensurable con una de las dimensiones del mundo. Un satélite por la velocidad, una bomba atómica por la energía, la Internet por el espacio, los residuos. nucleares por el tiempo”* (9) Imaginemos al Imperio como una pirámide y a los estados nacionales como líneas: las Dinastías son triángulos con dimensiones comunes a uno y otro. Otra forma de imaginarlo es como un árbol colosal que intentara enraizarse hasta el centro de la tierra y crecer hasta la estratosfera cubriendo todo el globo: una dinastía es “como” un brote, una tendencia hacia ese imposible árbol-estado planetario que, sin embargo, tiene efectos que no son en lo absoluto “arborescentes”: sus raíces penetran el planeta, enormes poblaciones tratan de vivir a su sombra, desprende gases, hojas y semillas que circulan por el globo...

En griego *dunasteiā* quiere decir “poder, señorío, dominación” (10), esto es, la expresión política de un poder y una potencia. Según esta hipótesis en efecto no tendría sentido retornar a los gastados análisis del

imperialismo y su lucha contra los tenaces nacionalismos pero habría que dar cuenta de esta singularidad pues la constitución imperial sería, al menos como tendencia, no “polibiana” sino monárquica y como tal esencialmente desbalanceada en tanto que la Dinastía Americana –que podemos llamar Jeffersoniana- es excepcional y excepcionalista está “dentro y fuera” de esa constitución global ante la que no responde pero que requiere del *dunástēs* para ejecutarse: en ese impasse, me parece, está atrapado el Imperio. debido a estas magnitudes geopolíticas **que a la vez no pueden ser sometidas a la soberanía imperial pero son necesarias para ejercerla**: excepcionalismo americano y ahora también chino que minan el imperio desde dentro pero también lo sustentan.

En la fase proto-imperial la URSS y EEUU, expresiones geopolíticas de dos grandes revoluciones “paralelas” devinieron las dinastías potenciales. Extinta la URSS, las Dinastías existentes hoy en día son los EEUU y China que se alternan entre intentar una fusión de casas en la *chimerica* definida por Niall Ferguson y enfrentarse mutuamente. En la emergencia de la Dinastía Jeffersoniana América Latina en general y el Caribe en particular ocupan un lugar de excepción pues son el primer lugar donde el poder federalista de los EEUU se proyecta en un territorio que no será anexado directamente como estados de la unión.

Lejos de la intención de imitar o retocar el proyecto decolonial de hacer de América Latina la víctima absoluta de la historia moderna o el ombligo de todo análisis histórico, simplemente me parece que hace falta la **perspectiva** de una región que históricamente: “*sirve para los EEUU. como el campo de pruebas de varias iniciativas de su política extranjera: la doctrina Monroe, la diplomacia Big Stick, la seguridad colectiva, y de su entrada en los esfuerzos de construcción nacional en el Tercer Mundo*” (11) perspectiva literalmente de la retaguardia o del Patio Trasero, optimista frente al horizonte federalista de la democracia americana, pesimista frente a los Estados Unidos como entidad geopolítica y realista en el análisis de cómo las Américas menores se han conducido ante esa inmensa asimetría de fuerzas. Que dé cuenta de problemas que, hasta ahora, han sido procesados desde las narrativas de la victimización (“las venas abiertas”) o teorías conspirativas de índole casi gnóstica sobre las operaciones de la CIA.

Ya muchos analistas han mostrado como América latina siempre ha sido pensada en los EEUU desde el punto de vista de la seguridad y no desde el de valores morales o civilizatorios o del apetito de materias primas (12). Durante mucho tiempo Latinoamérica fue para los EEUU menos un aliado que la puerta de entrada para los enemigos, menos una fuente de materias primas que de

riesgos: un vecino dudoso, una ventana abierta, una retaguardia o puerta trasera que debe estar asegurada, un inmenso complejo de favelas al lado del Country Club. No es codicia o amistad sino miedo y aprehensión lo que durante mucho tiempo inspiró la otra América y ese juego del miedo tuvo enormes consecuencias.

1954.

Popular y democrática como la boliviana y mexicana, la revolución guatemalteca había triunfado en una batalla entre obreros, estudiantes y militares de la Ciudad de Guatemala contra las fuerzas leales a la tiranía. Garantizó los derechos políticos más básicos y proclamó repetidamente que sus objetivos eran el capitalismo y la modernización. Su héroe, el Coronel Jacobo Arbenz, había conspirado contra dos dictaduras, combatido en las calles y escoltado al primer presidente electo por voto popular de Guatemala, Juan José Arévalo, un maestro y filósofo, de la amenaza del General Francisco Javier Arana, candidato a Hombre Fuerte. Tras meses de conspiraciones y presiones por Arana y el ala conservadora, la lucha por el poder todo se resolvió dramáticamente, en un confuso tiroteo, en el que Arana falleció. El fracaso de un golpe de estado al día siguiente consolidó la victoria de la corriente democrática.

Sin embargo ese giro no parecía convencer al embajador americano Richard Patterson quien le propuso a Arbenz derrocar a Arévalo, según algunos, hasta ofreciendo un soborno (13): era lo más natural que hubiera un hombre fuerte a cargo. Las relaciones ya tensas con los intereses americanos en Guatemala, principalmente la *United Fruit*, principal latifundista del país, solo escalaron con la

salida de Patterson del país. Truman inició presiones contra el gobierno de Guatemala.

Para 1950 correspondían elecciones y Arbenz recibió el apoyo de los partidos moderados, de izquierda y de varios sindicatos e incluso el de Arévalo que originalmente tenía a otro candidato para sucederlo. Ganó las elecciones con 60 % de apoyo con una plataforma basada en la reforma agraria (14). Para 1953 con la derecha militar derrotada y manifestaciones conservadoras desmovilizadas no quedaba para la *United Fruit* y los intereses contrarios a Arbenz que una intervención. En los siguientes meses, cuando Arbenz se negó a eliminar elementos comunistas de su gobierno una operación militar fue coordinada por la recién creada Agencia Central de Inteligencia para derrocar a Arbenz considerado un foco de influencia comunista en la región.

De nada valió que no se pudiera demostrar que Arbenz o el Partido Comunista de Guatemala tuvieran contactos con la URSS o que los objetivos de la Reforma Agraria fueran manifiestamente: *Liquidar la propiedad feudal en el campo y las relaciones de producción que la originan, para desarrollar la forma de explotación y métodos capitalistas de producción en la agricultura y preparar el camino para la industrialización de Guatemala*" (15).

Debido a la influencia de los hermanos Dulles, ambos enlaces entre el alto gobierno americano y la *United Fruit* y la del hermano del presidente Eisenhower, quien luego de un viaje por América Latina calificó al gobierno de Arbenz como comunista (16) se aprobó la Operación PBSUCCESS, descartada por Truman. Prepararon el terreno en una reunión de la OEA en Caracas e iniciaron luego una

campaña mediática que precedió a la invasión de Castillo Armas con apenas 150 hombres y tres aviones. La invasión no dio resultado como ataque militar pero si políticamente pues los militares guatemaltecos exigieron a Arbenz su renuncia. Exiliado, Arbenz sería vigilado y perseguido el resto de su vida encontrando solo alguna paz en Cuba primero (donde trataron de instrumentalizarlo políticamente) y México después mientras en Guatemala se desencadenaba una contrarrevolución y una serie de gobiernos dictatoriales que, para los años setentas, desencadenarían una guerra civil que terminó con el genocidio de la población maya.

Incluso si las intervenciones militares directas de Estados Unidos, costosas económica, política y en relaciones públicas, habían empezado a terminar desde el gobierno de Hoover (17) para 1954 la relación con la democracia de los EEUU en América Latina parecía tenue en el mejor de los casos. La democracia implica por necesidad, movilización y lucha política, los cambios sean reformistas o revolucionarios, liberales o socialistas, requieren presiones desplegadas por vigorosas fuerzas sociales. En pocas palabras democracia significa el riesgo de la inestabilidad y la inestabilidad inseguridad. Pero aquellos valores democráticos que en el *heartland* eran esenciales en el Patio Trasero se transvaloraban: la democracia como variable dependiente de la estabilidad y la estabilidad como variable de la seguridad, el federalismo devenido excepcionalismo (18): en América

Latina ningún poder chequeaba y balanceaba el de los EEUU.

La reforma agraria de Arbenz consistía en: “*expropiar las tierras no cultivadas de los latifundios para darlas a los campesinos; una medida que la FAO calificó de «constructiva y democrática en sus objetivos» (19)* era en esencia igual a las impulsadas agresivamente por los EEUU en Asia y toleradas en Puerto Rico: *Los propietarios recibirían el valor declarado, esto es el que usaban para el pago de impuestos, de las tierras expropiadas en bonos de deuda del estado a 25 años, con un interés anual del 3 por ciento (que era, por cierto, el mismo sistema que los Estados Unidos habían aplicado en la reforma agraria que organizaron en Japón)»(20)*

Efectivamente era la misma reforma **de corte liberal** efectuada por los EEUU en Japón, Taiwán y Corea del Sur y permitida en Puerto Rico por la Corte Suprema. Consistía en la expropiar tierras ociosas, definir un área mínima a partir de la cual es legal la expropiación (a partir de 90 hectáreas en Guatemala (21), 500 acres en Puerto Rico (23), y apenas 7 acres en Japón) (23), compensar a los propietarios usando fondos públicos y entregar la tierra como *propiedad privada* de preferencia a los arrendatarios que ya la están trabajando. Una técnica perfectamente compatible no solo con el anticomunista *Kuomintang* de Taiwán sino incluso con el ordoliberalismo alemán pues no interfiere en el mercado y **multiplica los propietarios** revirtiendo o conteniendo los procesos

De proletarización de la fuerza de trabajo rural.

En el caso de Japón la reforma agraria fue aplicada *manu militari* por MacArthur y de una manera particularmente severa pagando a los latifundistas con una moneda en devaluación. El rigor demostrado en Japón (y en Alemania) se entiende pues se trataba de la “continuación de la guerra por otros medios”: la mutación de la aristocracia feudal en latifundismo moderno había sido uno de los motores del militarismo japonés y alemán y la obediencia de las masas campesinas a esos latifundistas violentos derivaba de su poder sobre la tierra. Ese celo se extendió a Taiwán donde la mayor parte de las tierras eran japonesas e igualmente a Corea donde la reforma, tras aplicarse exitosamente a los terratenientes japoneses, fue sabotada por las elites locales cuando se trató de tocar a los coreanos.(24) Además de continuar la destrucción del antiguo enemigo, la reforma agraria impedía la propagación de los nuevos como la URSS, Norcorea y China que tenían en la agitación rural una oportunidad inmensa de avanzar en lo que ya era claramente una guerra de subversiones mutuas.

Aún así, se podría argumentar que la evaluación radicalmente distinta de la Reforma agraria era consecuencia de que en Asia se expropiaba a enemigos mientras que en Guatemala estaban en juego intereses norteamericanos. Sin embargo el caso Puertorriqueño complica las cosas: los expropiados en

Puerto Rico fueron compañías azucareras americanas. El *Rey Azúcar* y no el imperialismo yankee había sido el blanco de la campaña del Partido Popular Democrático de Muñoz Marín: lo que en otros países habría sido agitación antiamericana en el caso de Puerto Rico fue contra las corporaciones y tomó exclusivamente la forma de batallas legales y electorales. Mostrando su adaptabilidad a la política americana Muñoz Marín tomó una ley nunca aplicada que prohibía propiedades de más de 500 acres y la llevó ante la Corte Suprema que en la primavera de 1940 , y contra la oposición de las compañías, ratificó la ley abriendo el paso para la reforma agraria puertorriqueña.

Pese al *New Deal* los años 30's habían sido una década de empobrecimiento en Puerto Rico (25) y Marín usó la lucha contra las compañías azucareras como bandera en la campaña electoral para movilizar una suerte de movimiento nacional popular que le daría a su partido décadas de hegemonía indiscutida y le haría el primer gobernador electo de Puerto Rico. Pese a todo esto no hubo ningún tipo de represión o de obstáculos por parte del gobierno federal aunque nunca se le dieron fondos para la compra de tierras. Igual que la reforma agraria de MacArthur en Japón había sido más severa que la de Guatemala la de Muñoz Marín era más socialista que liberal pues la *Land Authority* Puertorriqueña si poseía tierras e intervenía directamente en la producción

“...a nombre de la libertad...”: Latinoamérica ante la dinastía Jeffersoniana

agrícola.

El hecho de que el gobierno de EEUU permitiese que compañías americanas fueran afectadas por la reforma agraria puertorriqueña descarta las analogías fáciles sobre una identidad total entre intereses públicos y privados -aunque los conflictos de intereses sean un rasgo de la política exterior americana. De la misma manera algunos historiadores han mostrado que en Corea la reforma agraria no solo estaba motivada por deseos de contener el comunismo o destruir a los latifundistas japoneses sino por un deseo de implementar un sistema democrático (26). Todo esto plantea el problema de cómo interpretar estas grandes disparidades: que muchos funcionarios creyeran que los pueblos “latinos” no eran capaces de la democracia en comparación con los europeos es una cosa (durante su gira latinoamericana Hoover tuvo que advertir a los miembros de su equipo que callaran sus opiniones raciales “*If you carry into these countries any ‘nigger-white man’ attitude of superiority,*” (...) “*for God’s sake forget it or at least have the decency to hide it*”). (27) Según Fontana ideas parecidas circulaban en el gabinete de Eisenhower) (28) pero que se creyera que la democracia era poco realista en Centroamérica pero no en Asia ya es otra cosa distinta, implica un espectro, una clasificación.

No Marshall plan for you.

En efecto, la reforma agraria agresiva,

las ayudas masivas y las políticas para una industrialización solida con instituciones democráticas eran políticas para la *vanguardia* de la guerra fría, para las primeras filas fronterizas con la URSS, China o Norcorea donde los dos regímenes no solo tenían que contenerse el uno al otro sino demostrar su superioridad. Pero América Latina es, literalmente, la *retaguardia* del poder americano un espacio colindante y anexo con el *heartland* que debía, ante todo, preservado de intervenciones externas, relativamente ordenado. En ese sentido el rechazo, durante los años 50s a políticas progresivas como la reforma agraria se correspondía directamente con el rechazo a hacer el equivalente de un Plan Marshall para América Latina: “*en 1948, a diferencia de lo que ocurría en Europa, el comunismo «no era seriamente peligroso» en América Latina, según opinaba el Departamento de Estado. Lo que explica que Dean Acheson dijera en privado: «puesto que de todos modos van a estar con nosotros, ¿para qué molestarnos en ayudarles?»*” (29)

Es verdad que en los últimos años de la administración de Eisenhower esta política empezó a ser revertida colocándose las bases para lo que Kennedy llamaría la Alianza para el Progreso. En realidad luego del derrocamiento de Arbenz asesores como Rostow reciclaron el ya viejo coctel de idealismo y excepcionalismo americanos pero ahora en términos de difusión de la democracia y lucha

contra el subdesarrollo pues *“las metas, aspiraciones y valores de los americanos eran en gran parte los mismos que de los pueblos en otros países”*(30). Milton Eisenhower, hermano del presidente, aunque había sido funcional en convencer al gobierno de que Arbenz era un peligro en informes posteriores advirtió que debido a la indiferencia de los gobiernos autoritarios a la pobreza y las libertades había que fueran considerarlos *“como inherentemente impopulares y de allí, potencialmente inestables”*(31).

En realidad la misma tiranía que era deseable o aceptable si proporcionaba estabilidad pasaba a ser indeseable o problemática si desestabilizaba: *puesto que, junto con la miseria, se decía que la inestabilidad provocaba subversión, los planificadores de política que se ocupaban de América Latina en la segunda administración de Eisenhower, llegaron a la creciente convicción de que los regímenes antidemocráticos en el hemisferio eran un lastre y que los EEUU deberían hacer algo con ellos* (32).

La demostración práctica pareció ser el derrocamiento de Pérez Jiménez en Venezuela en un evento cuasi-revolucionario que anticipó a la revolución cubana. El hecho de que los grupos de estudiantes que habían iniciado la insurrección contra el tirano casi matan al vicepresidente Nixon parece haber tenido un efecto de choque sobre la administración Eisenhower aunque como el

protagonista de *The Quiet American* los sucesivos gobiernos de los EEUU, la burocracia y los *polycymakers* han sido incapaces de entender porque tantos odian o rechazan a los EEUU o de encontrar algo siquiera reprochable en sus políticas (33). Así ocurrió luego de la Revolución Cubana ante la que se trató de repetir la estrategia guatemalteca solo para encontrar que la dirigencia revolucionaria estaba preparada para ella no solo abortando el intento de invasión sino realizando el mayor temor de los EEUU al asociarse con la URSS: la estrategia de seguridad no solo había fallado sino que había creado el tipo de situación que había sido diseñada para evitar.

En ese Clima Castro y Krushev atacaron a los EEUU denunciando su indiferencia a la pobreza y el subdesarrollo: ya en 1956 Krushev había ofrecido ayuda soviética para el desarrollo latinoamericano pero esa oferta solo tuvo sentido tras el triunfo de la Revolución Cubana. En la conferencia económica interamericana de Buenos Aires, julio de 1959, Castro aprovechó la oportunidad para lanzar el reto a los EEUU de *“proporcionar treinta mil millones en ayuda a las naciones latinoamericanas”*(34), en realidad el mensaje era que cualquier gobierno que siguiera el camino de Cuba podía esperar no independencia frente a los intereses americanos sino la ayuda de la URSS.

Fue en ese contexto concreto en que Kennedy lanzó la Alianza para el Progreso parte de un cambio de política que había llevado a la creación

del Banco Interamericano de Desarrollo. Formulado en el usual lenguaje paternalista la Alianza, sin embargo, prometía el cese de una hostilidad frontal a reformas y cambios de todo tipo que habían marcado época. Incluso analistas conservadores como Hirschman y Mcnamara estaban admitiendo que no podían esperarse reformas en América Latina sin las presiones que hacen las reformas posibles y la violencia que viene de esas presiones. El segundo incluso admitió que con o sin comunismo el futuro del sur del planeta estaría lleno de violencia (35) implicando un posible cambio en la actitud paranoica ante el conflicto social y la lucha política en el continente.

Así, durante algún tiempo pareció que la “Doctrina Betancourt” de promoción de las democracias ante dictaduras de izquierda y derecha se podría convertir en la política de los Estados Unidos: promovida por el partido venezolano Acción Democrática, a la vez reformista y ferozmente anticomunista fue efectivo en derrotar las guerrillas e insurrecciones de izquierda castrista en la cuasi guerra civil que siguió a la caída de Pérez Jiménez. Era imposible calificar de comunistas a los brutales *adecos* que estaban purgando a golpes y plomo los sindicatos y Fuerzas Armadas de izquierdistas. Parecía ser la “síntesis dialéctica” que la política americana precisaba: una dirigencia progresista y abierta a políticas como las de la Alianza pero claramente anticomunista. Fue Betancourt quien

inició el movimiento que sacó a Cuba de la OEA pero también era enemigo de Trujillo el tirano dominicano quien ordenó un atentado contra él.

Sin embargo resistencias tanto de la burocracia de Washington como de las elites latinoamericanas sabotearon a la Alianza. Los primeros se oponían a compromisos a largo plazo que comprometieran a los EEUU a transferir fondos a América Latina y a un discurso casi revolucionario que, creían, no podría separarse del comunismo. Los segundos a políticas como aumento de impuestos y Reforma Agraria (36). Pero esa no fue la única razón del fracaso de la Alianza: la apuesta de Kennedy en la contrainsurgencia y su entrada de lleno en Vietnam terminó no solo con la posibilidad de un plan Marshall para América Latina sino de una sinergia o articulación entre Latinoamérica y EEUU más allá de la lucha contra el comunismo. Kennedy mismo se había frustrado con las resistencias internas y externas a su política y, según algunos analistas), en el fondo habría perdido la confianza en la capacidad estabilizadora de la democracia “*El compromiso con la democracia, ambivalente desde el inicio, fue fatalmente minado por la profunda y persistente. fe de Washington en la contrainsurgencia*”(37).

Ante el círculo vicioso de dictaduras que desestabilizaban y reformas o revoluciones que desestabilizaban aún más la respuesta fue una tecnología de seguridad, la contrainsurgencia expresada

políticamente como “Seguridad Nacional”, es decir, un método que podía ser aplicado por cualquier tipo de gobierno. En el contexto de la guerra fría es como el juego del huevo y la gallina dilucidar si cual de los dos campos fue el que hizo de la Guerra “una forma de gobierno dirigida no sólo al control de la población, sino en la producción y reproducción de todos aspectos de la vida social”(38). Dentro de corrientes como el castrismo y los movimientos guerrilleros la guerra también devino un paradigma, un “sistema del juicio” una forma de gobernar la vida con lo que la intransigencia de la izquierda radical a las elites latinoamericanas y el poder de los EEUU estuvo inextricablemente ligado a tendencias autoritarias o totalitarias.

Pero lo que es cierto es que antes de la guerra fría y del derrocamiento de Arbenz las revoluciones populares latinoamericanas, aunque no inmunes a derivas y virajes autoritarios y caudillistas, no habían tenido un horizonte tan claramente totalitario ni la obsesión militarista de la Revolución Cubana. De hecho la deriva cuasi-totalitaria del PRI ocurrió entre la Segunda Guerra Mundial y la Guerra Fría tras el final del periodo Cardenista caracterizado por grandes movilizaciones de una riquísima sociedad civil (39) . De ahí que pese a terminar en el régimen priista, de la Revolución Mexicana no resultase la total supresión pluralismo político ni la libertad de expresión ocurridas en

Cuba. La creciente influencia del Estalinismo y de un marxismo autoritario desde los 60’s no explica nada, por el contrario, ella debe ser explicada y esa explicación pasa por la supresión sistemática tanto de las reformas pacíficas como de las revoluciones democráticas en esa red. Si en este mundo pro-imperial, bajo la hegemonía de dos superpotencias que ya eran mucho más que meros imperialismos (la OTAN podría ser definida como un **consorcio de imperialismos** bajo comando americano) la revolución proletaria universal fue reducida a mera razón de un estado “soviético”, los Estados Unidos hicieron lo propio con la democracia y la revolución democrática pero mediante el concepto de seguridad mucho más expansivo y plástico, ya más imperial que imperialista y más que capitalista vectorialista que puede aplicarse a cualquier campo y no solo a la preservación del estado: “*densa red de información que cubre el territorio permite que el paisaje se estire, comprima, pliegue y retuerza en nuevas formas*”(40). En ese contexto no es la democracia la que define la seguridad sino a la inversa: es la seguridad define la democracia.

Universales en Red.

Lo que había sido la proyección geopolítica del poder de un estado norte-americano se convirtió en un fantástico trabajo de *networking* planetario cuyas dimensiones excedían

a los Estados Unidos como entidad nacional y cuyas tramas se extendían en diferentes puntos y centros del gobierno. En la construcción de esa red la contrainsurgencia, concebida por los franceses en Argelia, fue adoptada por los EEUU como respuesta a la expansión de la URSS y las campañas insurreccionales cubanas en los años siguientes a la crisis de los misiles. Por un lado ofrecía un paradigma alternativo al de la peligrosísima disuasión nuclear, por el otro permitía combatir al enemigo en su propio terreno: el ajedrez sin reglas de la subversión, la guerra civil y la desestabilización.

Por décadas la seguridad nacional amplificaría el círculo vicioso entre tiranías y rebeliones violentas en una dinámica extremadamente precaria para América Latina pues la región era considerada de baja prioridad y elevada peligrosidad. Así, cuando con la Guerra de Vietnam los EEUU concentran su atención en el Sureste de Asia y el Oriente Medio establecen en América Latina no un “Telón de Acero” pero si una suerte de cercado de seguridad, de alambrada: una red para estabilizar a la región por la vía de la contrainsurgencia: nacía el paradigma de la Seguridad Nacional que no se presentaba simplemente como una técnica para subvertir o evitar la subversión del enemigo sino como un método para “modelar sociedades”:

Vuestra labor es trabajar con los conciudadanos en todo el proceso creativo de modernización. Desde

nuestra perspectiva en Washington, ustedes toman sus lugares lado a lado con aquellos otros que están comprometidos para ayudar a modelar sociedades independientes, modernas, a partir del proceso revolucionario que se está desarrollando (41).

Ya no se trataba de la reforma o revolución democrática todavía con dimensiones constituyentes y autopoietica que invocaba la Alianza para el Progreso, con sino de otra cosa, dispositivos que *sirven como sustitutos de la expresión democrática y por lo tanto funcionan en contra de la democracia. En cualquier caso, este poder reordenador y regulador tiene poco que ver con el poder constituyente en el sentido propio y fundamental. Es más bien un medio para desplazarlo y sofocarlo(42).*

En ese contexto explotar los recursos o controlar posiciones estratégicas de un país es relevante pero no simplemente desde el punto de vista de la acumulación sino desde el de la seguridad que es la que abarca la economía y no al contrario. Desde ese punto de vista para los EEUU la estrategia meramente negativa de impedir que otras potencias exploten esos recursos o controlen esas posiciones termina por ser tanto o más importante que hacerlo ellos mismos: *Los Estados Unidos se han visto motivados no tanto por el control de la región como por evitar que las cosas se salgan de control y puedan ser explotadas por otros considerados hostiles. La línea que separa la política de control de la necesidad de evitar*

que las cosas se salgan de control no siempre es fácil de definir(43).

En la red del poder americano, que en efecto es una proyección del diagrama federal, en cada área y en cada periodo se movilizan elementos diferentes variando patrones comunes y estableciendo nuevas fronteras. Así, los intereses privados de los hermanos Dulles, los vulgares prejuicios de Eisenhower o Nixon, las tradiciones monroistas, la paranoia anticomunista de los 50's y los intereses de compañías americanas entran en una red en el contexto de la cual una la Reforma Agraria liberal es peligrosa en el contexto Guatemalteco mientras en el japonés o surcoreano garantiza la seguridad.

En la proyección del poder americano democracia y derechos humanos son universales, pero son como dice Latour "universales en red"(44): como en la Guerra contra el Terror la tortura puede ser justificada en nombre del derecho a la vida y la suspensión de la democracia legitimada en la lucha contra el totalitarismo pues son supresiones o interrupciones **relativas** de la libertad mientras el comunismo o el fundamentalismo islámico son absolutas (aunque esto no impide ser aliados de Arabia Saudita o acercarse a China y Vietnam), así, hay algo democrático en Pinochet en la medida en que se opone al comunismo o en la Monarquía Saudita en tanto que contiene a Irán: dentro de cada fase, cada región, cada frontera, los universales varían en función de

intereses de los que no pueden ser separados: la tortura genera un output de información necesaria para la seguridad y eso redefine los derechos humanos en relación a los riesgos que se evitan: por eso hace falta la noción de "combatiente enemigo" para legalizarla. Para los Estados Unidos no hay democracia **fuera de su red**, pero es una red planetaria, híbrida y heterogénea en que los economistas de la Escuela de Chicago se encuentran con militares de extrema derecha, donde militantes wahabitas se dan la mano con agentes de la CIA y la venta de armas Irán financia la guerra contra los sandinistas en el continuum de un poder planetario que "*no sólo maneja un territorio y una población, sino que también crea al mundo que habita*" (45).

Más que siniestros sicarios o héroes de guerras secretas los agentes de la CIA y los funcionarios del Pentagono son, ante todo, creadores de redes cuya radical *disparidad* desconcierta a analistas que todavía tratan de entender el poder americano desde un principio unificador –usualmente moral- sea la libertad, el pluralismo, la guerra o el fascismo. Por eso la perspectiva *moral* usualmente adoptada se revela insuficiente ante un poder *amoral*: como ocurrió en Japón se pueden lanzar bombas atómicas sobre los mismos civiles que luego recibirán ayuda humanitaria según la modulación de los intereses a lo largo del planeta. En esa *disparidad* constitutiva es propio del poder americano ser un *híbrido* de idealismo

y realismo, de imperialismo y de imperio. En ese sentido el idealismo como el realismo están siempre imbricados: Wilson, un idealista, nunca quiso ni pudo respetar el principio de autodeterminación en el Caribe (46) y Kennedy, con todo su romanticismo, fue el pionero de las mortales redes de contrainsurgencia y de la intervención en Vietnam. Carter defendía los Derechos Humanos pero quiso mantener intacta a la Guardia Nacional de Somoza.

La cuestión es si los Estados Unidos fueron alguna vez un imperialismo en el mismo sentido en que lo fueron el inglés o el francés: es como si, tras completar la conquista de su territorio, los EEUU hubieran saltado casi directamente a un neo-colonialismo basado más en el control a distancia que en un comando directo pues su constitución federal les inhibe de crear colonias permanentes en el sentido en que existían para los imperialismos modernos. A posiciones clave como Cuba, Filipinas y Panamá creadas bajo Roosevelt se les concedió rápidamente una independencia tutelada y controlada, pero dentro de una relación política **enteramente distinta** a la que establecen los otros imperios coloniales.

A México no le conquistan como lo pretendió hacer Francia, solo le quitan lo que necesitan, colonizan los territorios y luego los incorporan a la Unión. Lo que Perú y México fueron para España o la India para Inglaterra para EEUU es el Oeste y el Sur California, Texas,

Washington, Luisiana, Florida y Alaska todas incorporadas a la Unión. Una vez completado el territorio de costa a costa, en el auge de los grandes monopolios se vuelcan sobre el Caribe, derrotan a España y establecen colonias y protectorados provisionales: a la mayoría le sería concedida la independencia quedando territorios como Guam, y sobre todo Puerto Rico, en la posición de no ser ni estados de la unión ni países soberanos. Para el “imperialismo yanqui” el problema no era hacer de Panamá o Cuba americanas en el sentido que Argelia era Francesa, sino proyectar un poder hegemónico, una “égida” un **campo de protección**.

Centroamérica y el Caribe son nuevas fronteras: espacios que no se puede ni se quiere incorporar a la Unión, territorios limitados con poblaciones pequeñas sobre los que se reclama una autoridad y se establece una relación neocolonial *avant la lettre*. Así, las intervenciones americanas en Las Antillas y Centroamérica buscaban establecer estructuras e instituciones de gobierno creando burócratas, administradores, técnicos y hasta una sociedad política estructurando un gobierno autónomo en un esquema paradójico de soberanías tuteladas y derechos a la intervención como con la enmienda Platt en Cuba (47). En ese sentido se puede hablar de una hipocresía-americana —e incluso wilsoniana (48) que sin embargo expresa más que una inconsecuencia o inconsistencia un **modo operativo** particularmente claro

en las relaciones con América latina y el Caribe: liberar sin dejar ir, regular la independencia, modular la libertad. Pero ese “doble vínculo” basado en órdenes contradictorias revela una concepción, también federalista, de “soberanías” o autoridades en estratos o fases creando nuevas fronteras que ya anticipa al Imperio en el “pequeño género humano” de las Américas.

Sobre México y Sudamérica, con países más extensos y poblados se establece una hegemonía con formas de intervención insidiosas pero más precisas y más dependientes en la sinergia con los poderes locales: Cuando en plena Segunda Guerra Venezuela exige que los impuestos a las petroleras lleguen al 50% de las ganancias netas ningún navío bombardea la Guaira, los Marines no entran en el Lago de Maracaibo: se llega a un acuerdo con el gobierno que devendrá el modelo de las relaciones de las compañías americanas con los estados propietarios del subsuelo (49). Cuando una coalición de militares y partidos de izquierda toma el poder y exige cambios en el cobro de los impuestos que beneficiaran aún más al Estado Venezolano el Departamento de Estado “no ve objeciones razonables” a hacer los cambios. Y cuando ya en plena Guerra Fría los militares anticomunistas toman el poder en el 48 el *New Deal* petrolero no es revertido, por el contrario, los impuestos aumentan, y la industria continua venezolanizandose en sus cuadros técnicos y directivos. (50) La **plasticidad** que las petroleras, en

particular americanas, demostraron en Venezuela contrastó con la rigidez que las inglesas demostraron en México donde básicamente causaron la nacionalización de la industria y demuestra no solo los aprendizajes sino la variación de las políticas, creencias y normas de conducta de frontera a frontera.

Era un “imperialismo” liberal no en el sentido simple de que favorezca el libre comercio sino sobrio, escueto, que se puede limitar a un embajador –semejante al residente principal británico- a una misión militar o unos agentes de enlace pero que puede escalar en una cooperación masiva como en Vietnam o Colombia. Donde el colonialismo es durante un largo periodo interno - el Oeste y el Sur de los EEUU, incorporados a la Unión, son el equivalentes de ricas colonias como la India, Argelia o los virreinos españoles. Uno que al tener abundancia de territorio y recursos naturales no tiene la desesperada necesidad de expandirse para encontrar mercados y tierras donde proyectar colonos, interrumpido por tendencias genuinamente aislacionistas, cuyo propósito es crear gobiernos autónomos o autogobiernos sin pasar por el largo ciclo de luchas y resistencias contra la autonomía de las colonias que signó a los otros imperialismos. Si es posible hablar de un imperialismo norteamericano es en el sentido de la proyección planetaria del poder nacional de los EEUU pero será uno que **inicia cuando la colonización termina** que es

“...a nombre de la libertad...”: Latinoamérica ante la dinastía Jeffersoniana

neocolonial antes de la descolonización y presupone desde el comienzo un predominio naval e industrial que a los ingleses les tomó siglos alcanzar.

Ni fuente de materias primas ni espacio de una fraternidad democrática América Latina es ante todo un **perímetro de seguridad** cuya función es negativa: permanecer estable y equilibrado sean cuales sean las circunstancias de ese equilibrio: se trata desde el inicio de ejercer el poder a distancia, asegurar el espacio, controlar la circulación y los flujos más que simplemente obtener materias primas o establecer una hegemonía política, procesos que están subsumidos en la circulación y la proyección del poder naval. Por eso las primeras intervenciones en la época de la “diplomacia del dólar” buscan eliminar la inestabilidad política asociada a la irresponsabilidad fiscal **(51)** de gobiernos como el de Cipriano Castro en Venezuela, bizarra anticipación de Hugo Chávez que hizo confluir a las potencias europeas en el Puerto de la Guaira. Las conquistas e intervenciones militares eran indispensables para asegurarse el control de puntos estratégicos, las constantes invasiones para resolver constantes crisis fiscales y políticas causadas por elites ineptas y tumultuosas sin mecanismos para un gobierno eficiente o siquiera viable. En ese contexto surgió el régimen de protectorados durante el periodo del “gran garrote” y la diplomacia del dólar.

Si la primera guerra Mundial

fue la oportunidad para Wilson de proponer un nuevo orden mundial “idealista” un realismo pragmático y crudo signó a la guerra en el Caribe donde fue la oportunidad para que los EEUU desplazaran por completo a las potencias europeas que, hasta entonces, habían penetrado la zona mediante préstamos y mecanismos financieros. Como ocurriría luego con la URSS la presencia de alemanes e incluso franceses era asociada a intrigas y perturbaciones políticas, las conmociones y disturbios eran atribuidas a conspiraciones foráneas y se asociaba la penetración de capitales europeos con la de la política europea. Muchos de los rasgos de la paranoia anti-germánica de la primera guerra son reconocibles en la anticomunista de los años 50’s. En ese contexto Wilson se oponía a las intervenciones militares pero no al imperialismo:

...su oposición era al control militar que implicaba, no a la extensión del poder comercial de EE.UU. Como el historiador Joseph Tulchin ha señalado, las prioridades pasaron de eliminar la inestabilidad política y la irresponsabilidad fiscal a ayudar a las empresas de EE.UU. a dominar la inversión extranjera, hasta ahora un dominio europeo en América Latina... (52)

El pacifismo de Wilson y su doctrina de no-intervención era tanto un ideal moral con el que se podía ser inconsistente, como la idea reguladora para un poder ejercido a distancia, sobrio, económico: a la vez producción

y consumo de libertad y administración de los peligros en mecanismos de libertad/seguridad como ha planteado Foucault en su obra ya clásica sobre el liberalismo. El corolario de Roosevelt a la doctrina Monroe al referirse a una “policía internacional” ya enunciaba un principio liberal de gobierno: el policía es a la vez la “válvula” que regula los grados de libertad y el mecanismo que, en teoría, asegura contra los peligros, cruce entre los poderes que matan y los que hacen vivir.

Al ejecutar intervenciones militares Wilson contradecía, en términos formales, su principio de no-intervención sin dejar de ser liberal pues las fuerzas militares cumplían una función de policía. Con la tendencia de moverse “*hacia un imperio que cada vez más enfatizaba los dólares por encima de las balas*”(53) los costos políticos y económicos de las intervenciones militares y de la violencia en el Caribe y Centroamérica seran transferidos a tiranías cuyo pilar en muchos casos fue, significativamente, **Guardias Nacionales**, es decir, gendarmerías, cuerpos militares con funciones de policía.

En ese sentido, extrajurídico y extra moral, las tiranías del Caribe, análogas a válvulas o relés que con métodos brutales pero complejos administraban peligros y definían las relaciones entre la “producción/destrucción de libertad”. En una zona considerada de “alto riesgo” la afinidad con valores liberales o pluralistas de Arbenz quien se negó

a purgar comunistas (peligros) de su gobierno era mucho menos significativa que los riesgos que se consideraba generaba su movilización. Tal vez desde ese punto de vista puede entenderse el comentario de Kennedy a Mcmillan de que “América Latina era el área más peligrosa del mundo” (54) de ahí que la política más simple, menos costosa y tal vez más liberal desde el punto de vista del gobierno o control de un área de influencia sean esos tiranos que ya eran llamados, en sus propios países, “gendarmes necesarios”: un tirano es aquel que, por definición, puede decidir sobre el margen de la libertad de otros. Eso no hace que cualquier tirano sea liberal pero si hace posible que, en las condiciones adecuadas, tiranos y dictadores sean usados **como moduladores de la libertad**. En redes anticomunistas el concepto liberal de peligro o riesgo puede hacer conectar con el concepto totalmente iliberal de *enemigo*. Así, la “amenaza comunista” es el indecible entre el peligro en el sentido liberal y el enemigo en el sentido derechista o hasta fascista del término.

Justificando la intervención a República Dominicana -tras el derrocamiento del moderado Bosch y la rebelión del Coronel Caamaño para restablecer la constitución- Lyndon Johnson sintetizó los razonamientos americanos durante la Guerra Fría: “*lo que comenzó como una revolución democrática popular, comprometida con la democracia y la justicia social,*

“...a nombre de la libertad...”: Latinoamérica ante la dinastía Jeffersoniana

muy pronto fue tomada y puesta en manos de una banda de conspiradores comunistas”(55). En realidad Johnson no hacía más que repetir un rumor de sus funcionarios en Dominicana: conversaciones telefónicas desclasificadas han mostrado como se convenció a sí mismo de que la rebelión era controlada por Castro aún cuando el mismo Mcnamara, director de la CIA, le decía que no había pruebas.

Producto de la paranoia de la Guerra Fría, la declaración de Johnson deja ver la racionalidad que, con la Seguridad Nacional, confinó a América Latina en una estructura que aunque menos rígida que la “Cortina de Hierro” la definía como una región de poco interés, baja prioridad (56) pero elevados riesgos cuya relación con los EEUU solo empeoró en el contexto de los cambios traídos por la administración Nixon y el agotamiento del desarrollismo. La respuesta latinoamericana a esa precaria fue múltiple y contradictoria, pero potente y determinó las condiciones en que la región vivió el pasaje del imperialismo al imperio.

1986

“El gobierno de Estados Unidos y esta administración en particular, quieren que Chile vuelva a su tradición democrática de 150 años. Entonces, la decisión clave no es si queremos o no democracia en Chile. La queremos. La pregunta para nosotros es cómo podemos contribuir más efectivamente

La declaración del Almirante John M Poindexter, luego condenado por el Escándalo Irán-Contras, es parte de un documento desclasificado con otros de la época en 2010 y forma parte de un raro registro de cómo las luchas modificaron los cálculos y la racionalidad de los Estados Unidos antes de que terminara la Guerra Fría: en realidad América Latina no recibió la democracia como un don ni la ganó en marchando como *foederati* junto a los EEUU contra tiranías y dictaduras. Muy por el contrario, la democratización en América Latina efectivamente *“fue producto de la acumulación de las rebeliones obreras, las luchas de liberación y los movimientos revolucionarios”* (58) . Así como en los países del Bloque Socialista ocurrió una rebelión contra las nomenclaturas, en América Latina ocurrió otra contra la Seguridad Nacional y las oligarquías y elites tradicionales solo que en un espacio geopolítico que no estaba, como Europa Oriental, serializado y uniformado, según un molde fijo sino dentro de una red más compleja y modulada: la *multitud* latinoamericana nace luchando contra los aliados de los EEUU en la lucha contra el comunismo y se puede hablar de un paralelismo entre la caída de Duvalier con la Ceaceascu, la transición polaca y la chilena. Pero la diferencia entre la égida Soviética y la Americana es que mientras la primera se pulverizó

bajo la presión la segunda se modificó al ritmo de los golpes y ataques: la URSS siempre fue un molde y EEUU una modulación. La expresión de esta modulación en la ciencia política fue el concepto de **transición democrática** que designa el pasaje entre alguna forma de autocracia o totalitarismo a un pluralismo político más o menos democrático pero altamente estereotipado institucionalmente.

Con Carter una política a favor de los Derechos Humanos fue acompañada de una reducción sin precedentes de la CIA efecto del Watergate y las luchas contra la guerra de Vietnam y de los acuerdos con China y Rusia. Carter emprendió una política inédita a favor de los Derechos Humanos, pero terminó siendo solo un paréntesis cerrado con la reactivación de las dinámicas de la Guerra Fría y el retorno de Reagan al poder a la cabeza de un potente movimiento neoconservador. Con Ronald Reagan no solo se revirtió el distanciamiento entre los niveles más altos del gobierno de EEUU y las dictaduras latinoamericanas sino que las relaciones habían retrocedido a los niveles de 1954. Reagan gustaba de Galtieri y sus imitaciones de Patton (59) y se reunió con el genocida guatemalteco Ríos Montt a quien elogió en público. Estaba convencido de que no solo el primero había salvado a Chile sino que Allende había sido derrocado por manifestaciones populares (60). En un debate del 18 de noviembre del 86 (61) George Shultz, El secretario de Estado, discute con

Reagan enfrentándolo con la naturaleza represiva, cruel y simplemente “terrible” de Pinochet y de cómo es eso lo que los estudiantes chilenos radicalizados perciben.

Varios países, especialmente en los Andes, habían comenzado transiciones a la democracia en mejores condiciones y las decisivas negociaciones sobre el Canal de Panamá se habían completado, mas para 1980, en el contexto de las crisis de la deuda, los países que todavía padecían dictaduras tenían que enfrentarlas en las peores posibles: el involucramiento de la dictadura argentina Centroamérica, el golpe de García Mesa en Bolivia y la escalada del genocidio en Guatemala con Ríos Montt (62) son las marcas de la caricia de Reagan sobre América Latina.

Las discusiones en el Consejo de Seguridad Nacional - como las del 14 de Noviembre del 86 (63) - reconocen la pasividad del gobierno Reagan ante Pinochet llamándola “diplomacia silenciosa” (se consideraba que cualquier signo de debilitamiento del apoyo a Pinochet animaría a los comunistas). Pese a constantes comentarios despectivos sobre la falta de disciplina y pragmatismo de la oposición moderada, los peligros de la radical y sobre la dificultad de crear democracias y gerenciar transiciones se hace visible que el cambio en los cálculos fue producto de las luchas o como las llamaban ellos “las presiones”: *“la política chilena había cambiado de manera irreversible, creemos, durante los últimos años”*

decía un informe de la CIA en 1984 (64) refiriéndose a las Jornadas Nacionales de Protesta que básicamente **hicieron inviable la dictadura.**

Iniciadas por los obreros del cobre sorprendiendo al autoritarismo y sobrepasando a los partidos políticos, los movimientos sociales sacaron a la disidencia del encapsulamiento, logrando movilizar a los actores de contra-poder (...) las Jornadas de Protesta Nacional paralizaron Santiago, silenciaron Arica, agitaron Rancagua y rechazaron con el «puntarenazo» la visita a esa ciudad del capitán general, Augusto Pinochet (65).

Las juntas militares siempre alargaron las transiciones lo más posible para regular los ritmos del cambio y protegerse de los riesgos de entregar el poder pero ninguna lo hizo tanto como la de Pinochet en la que Shultz reconoció correctamente una tendencia no solo claramente autocrática sino totalitaria. Las Jornadas fueron las que hicieron del fin de la dictadura, y por tanto de la democracia, algo urgente.

Uno puede sorprenderse de que Pointdexter llamara “indisciplinada y sin pragmatismo” a la oposición que terminó con el Estado de Emergencia y reinició la vida política, pero más que señalar errores concretos mostraba su incomodidad ante el hecho de que la oposición no aceptara los términos del gobierno y su definición de lo que era pragmático. Pero por más ridículo que

fuese cuando los documentos decían que Pinochet “había perdido su fe en la democracia” (66) también admitían que quería permanecer en el poder indefinidamente. Shultz formula una política que junto con las relaciones de fuerza presentes en Chile, explica las disparidades y asimetrías de esa transición: *“necesitamos una vía, inequívoca, de transición y hacer que Pinochet acepte. Y su futuro tiene que ser asegurado. El no quiere irse de Chile, es un patriota”(67).*

Lo que se escenifica en torno a Chile, en el gobierno Reagan es una suerte de lucha entre lo imperialista y lo imperial: por conveniente que sea Pinochet es inaceptable, pero es inaceptable porque ya no es tan conveniente -y parte de su inconveniencia está en que es inaceptable. La política entonces era hacerlo aceptar la transición y, a diferencia de Reagan, Shultz entiende que eso no ocurrirá sin presiones de por medio. En principio se trató de separar, en gobierno y oposición, “moderados” de “radicales” acercándose a militares que aceptaban la necesidad terminar el gobierno militar y a la oposición de Centro y la izquierda moderada. EEUU ejerció fuerza sobre Pinochet militando activamente en la oposición hasta el punto de que el Embajador Americano participó en la movilización en el funeral de Santiago Rojas, joven fotógrafo quemado vivo por la policía. También se destinaron fondos a apoyar a la oposición y se la apoyó en la campaña para el plebiscito sobre la renovación del mandato de Pinochet.

Sin embargo pronto quedó claro que Pinochet estaba dispuesto a hacer fraude o desconocer el resultado por lo que estadounidenses y británicos hablaron con sus contactos en las Fuerzas Armadas Chilenas advirtiéndoles de las consecuencias de esa línea de acción. El plan de Pinochet fue también denunciado en público en los términos más duros. Sin embargo, además de las consecuencias potencialmente catastróficas de desconocer el resultado, fue solo la pérdida de apoyo de los otros miembros de la Junta Militar lo que le hizo aceptar.

Desobediencia generalizada, aislamiento del gobierno, rupturas entre las elites y las facciones militares, crisis económica de fondo, son los elementos comunes a las transiciones democráticas sudamericanas. En ellas la politología convencional suele separar, como Shultz, los elementos moderados de los radicales. Lo usualmente no se piensa es que es que las izquierdas fueron las que, en gran medida, aportaron una intransigencia, una fuerza, un deseo de terminar con las dictaduras, una potencia de rechazo que fue lo que, en definitiva, hizo que no hubiera estabilidad posible para los gobiernos militares.

Sin embargo esas mismas izquierdas estaban confinadas en el paradigma de la toma del poder violenta, pensaban solo en términos de lucha armada y tenían una idea pobre del pluralismo político. Dadas las circunstancias no extrañe que los elementos radicales aportaran los

impulsos y los moderados la dirección. No quiere decir que las izquierdas carecieran de cálculo político sino que estaban prisioneras de una racionalidad según las cuales la radicalidad era inseparable de la toma violenta del poder y esta de la supresión de la pluralidad política. De hecho Shultz había estimado correctamente que *La estrategia de Pinochet de quedarse en el poder parece ser la de polarizar el país, mantener a la oposición débil y dividida, de modo de que pueda presentar al país una elección entre él y los comunistas en 1989 y forzar a la Junta a nombrarlo como candidato (en el plebiscito)... Él cree que ganaría*

En todo caso la lucha contra los regímenes de Seguridad Nacional implicó fuerzas antiamericanas como un “contra-americanismo” que, en la práctica, movilizó los valores democráticos contra la política exterior de los Estados Unidos de una forma parecida a como la cultura popular de EEUU estaba siendo absorbida y latinoamericanizada (no en balde el Rock latinoamericano tuvo uno de sus focos en el Cono Sur). En las condiciones de los años setentas y ochentas, las sinergias entre antiamericanismo y contra-americanismo se hicieron más frecuentes y efectivas en la medida en que las dictaduras exigían formar frentes comunes fueran formales o simplemente de facto.

El Equilibrio del Universo.

La caída del somozismo en Nicaragua presenta una imagen invertida y simétrica de la salida del poder del pinochetismo en Chile. Efectivamente una pequeña minoría “irredentista” de extrema izquierda, el Frente Sandinista de Liberación Nacional, aumentó su influencia en muy poco tiempo imponiendo una línea insurreccional. En ese contexto es característico que incluso la administración Carter tardase en retirar su apoyo militar a la dictadura (no lo hizo hasta 1978) y que luego propusiese una transición con un “Somozismo sin Somoza” (68) en que su Partido Liberal y la Guardia Nacional permanecieran en el juego.

Nicholas Spykman, discípulo de Taylor Mahan, el teórico Americano del poder naval, es uno de los geostrategas americanos más influyentes de la historia, bien conocido por su doctrina del *encirclement*. Incluso si su determinismo geográfico y racismo ya eran anticuados cuando fueron publicadas sus obras el clásico *America's Strategy in World Politics* de 1942 es la definición más clara posible del Imperialismo de los Estados Unidos. En su momento fue una fuerte influencia en Foster Dulles y otros arquitectos de la estrategia americana de la contención en la Guerra Fría. Allí, Spykman lamenta que las porciones latina y sajona del continente compartan el mismo nombre “*evocando una similitud entre las dos que de hecho no existe*”(69). Luego clasifica la América

Latina en dos secciones: el Caribe o **Mediterráneo Americano** y Sudamérica.

El Caribe “*se trata de un mar cerrado cuyas llaves pertenecen a los Estados Unidos... lo que significa que México, Colombia y Venezuela, quedarán siempre en una posición de absoluta dependencia de los Estados Unidos*” (70) por lo tanto allí las únicas amenazas posibles son externas. En Sudamérica las únicas amenazas podrían venir de la “región del ABC” –Argentina, Chile y Brasil- si es que esos países se deciden a cooperar. Su postura es simétrica y opuesta a los primeros geostrategas latinoamericanos, Miranda y Bolívar, que propusieron respectivamente un Imperio llamado *Colombeia* extendido desde México a Argentina y una anfictionía o confederación de estados hispanoamericanos -sin Brasil y Haití- no solo para mantener fuera a las potencias europeas sino para balancear el poder naciente de los Estados Unidos.

En Centroamérica, dadas las condiciones de la región, la movilización contra tiranías y oligarquías tomó la forma de una serie de rebeliones armadas, especialmente en el Salvador Nicaragua y Guatemala. Sin embargo, en medio de una escalada militar sin precedentes, fue precisa una alianza de los gobiernos de izquierda “comandantista” y los frentes guerrilleros con cuatro gobiernos civiles de la región que articularon un proceso ad hoc que permitió a la vez contener la escalada militar

estadounidense, pacificar las guerrillas y lograr elecciones en Nicaragua: fue el Proceso Contadora.

En los años setentas, y por diferentes razones, los gobiernos de las dos potencias regionales, México y Venezuela, abrazaron con fervor un discurso nacionalista, tercermundista y casi socialista que les daba réditos tanto fuera como dentro de sus países. Echeverría se acercó a China, denunció a Israel y se acercó al Chile de Allende. Carlos Andrés Pérez también trató de ser un líder del Tercer Mundo, visitó Moscú se hizo amigo de Fidel Castro, militó con entusiasmo en la Internacional Socialista, acogió a refugiados de las dictaduras del Cono Sur y nacionalizó la industria petrolera. En Venezuela y México la estrategia tuvo éxito en aportar “brillo” a los presidentes y confundir a la oposición. Como el colombiano López Michelsen, quien se les unió en la tendencia, eran gobiernos corruptos, autoritarios y altamente represivos. Tanto Pérez como Echeverría habían sido conocidos como represores en los sesentas. Simultáneamente Fidel Castro se moderó en su política exterior, hizo lazos con la socialdemocracia, desarrolló un *soft power* considerable mientras la antes pretoriana y pro-americana Guardia Nacional Panameña daba un golpe de estado, acababa con los restos del régimen oligárquico y establecía un gobierno militar nacionalista y antiamericano con Omar Torrijos al frente(71).

Para cuando la Guerra Fría se

reinició y Reagan llegó al poder una serie de cambios irreversibles habían ocurrido: Somoza había sido derrocado con ayuda de Venezuela —que proporcionó armas a los rebeldes— y México, países que con el Acuerdo Petrolero de San José contribuyeron a estabilizar el régimen Sandinista. Torrijos, convertido en el principal *power broker* del Caribe no solo facilitó ese proceso sino que obtuvo un éxito improbable con los Acuerdos Torrijos-Carter que iniciaron la devolución del Canal de Panamá. Sin embargo Reagan entró con fuerza impidiendo que el Farabundo Martí tomase el poder en El Salvador y dando un flujo continuo de ayuda militar a sus aliados en la región incluida la dictadura Guatemalteca (aunque condicionando la ayuda a reformas sociales y democráticas). Más importante aún: su administración usó todos los recursos posibles para movilizar los restos de la Guardia Nacional somocista en la *Contra* Nicaragüense.

Contadora fue una iniciativa de contención de la escalada militar de EEUU en la región. Considerada utópica por unos, otros lamentaron que no tomara en cuenta los intereses o la seguridad de EEUU, pero el solo hecho de que en lo que había sido una zona de hegemonía norteamericana se formara una coalición de gobiernos como esa mostraba los cambios en la geopolítica: México invocaba el derecho a la rebelión a los nicaragüenses además del viejo reproche a la indiferencia de los EEUU a las causas de la violencia, Venezuela

más desconfiada de las guerrillas quería garantizar un perímetro de seguridad usando un método de pacificación que se había implementado con éxito con su propia guerrilla, Colombia, que en cierta medida participaba de la misma dinámica centroamericana, entendía que la pacificación interior mediante una negociación con la guerrilla requería la de la región adyacente. Panamá, con una influencia que excedía sus dimensiones completaba el cuadro que también incluía de facto a Nicaragua y Cuba en una coalición de **antiamericanismo con contra-americanismo**, es decir, movilizándolo contra EEUU los mismos valores democráticos que EEUU había renunciado a movilizar en la región.

Incluso si estaba claro que EEUU no iba a aceptar un acuerdo y que el que Contadora proponía era todavía muy general: *“Esta estrategia desafió implícitamente la tradicional hegemonía de los Estados Unidos en su “patio trasero” Centroamericano (...) por su propia existencia el Grupo Contadora implicó una modificación del papel hegemónico de larga data de los EE.UU. en asuntos hemisféricos y un cambio hacia un patrón más colectivo de liderazgo en el que las potencias regionales de América Latina tendrían un papel mucho más importante que en el pasado” (72)*

El problema era complejo pues, en efecto, Nicaragua tenía derecho a hacer las alianzas que mejor le convinieran y no había razón para que no apoyara, por afinidad

ideológica o conveniencia, al Farabundo Martí, cuando EEUU tenía décadas haciendo lo propio y lo hacía con la Contra. Sin embargo su dinámica era cada vez más autocrática y el involucramiento de soviéticos y cubanos contribuía al escalamiento militar. El alineamiento de Contadora con los sandinistas en realidad se daba solo en función de contener no solo la escalada armamentista sino a los EEUU y su de facto derecho de intervención en Centroamérica pero *“Los países de Contadora fueron también unánimes en su deseo de moderar y contener la revolución en Nicaragua y El Salvador y para limitar la participación de Cuba y la Unión Soviética en la región” (73)*

Para 1986 se lamentó o celebró el fracaso de Contadora en no lograr la paz para ese año. Sin embargo las reuniones anuales del grupo, en la medida que el continente se democratizaba, movilizaban cada vez más países, la Guerra de las Malvinas contribuyó a que más países se incorporaran mientras Reagan estaba abrumado por el escándalo Irán-Contras. En 1987 Oscar Arias, el presidente de Costa Rica, logró un acuerdo en la ciudad de Esquipulas inspirado en el Acta de Contadora. En realidad el Proceso Contadora estableció un mecanismo de *Check and Balances* asociando gobiernos de izquierda y guerrillas con gobiernos moderados en una estrategia de pacificación. No se trata de un balance de poder económico-militar como el de las superpotencias sino en el terreno político de las influencias y las

relaciones basado, de hecho, en los principios de la democracia americana.

Desde entonces relación entre EEUU y América Latina se hace cada vez más asimétrica pero a la vez el continente se hace más autónomo y, como lo muestra el triunfo de Chávez y la Ola Rosada, Estados Unidos se muestra incapaz de construir una nueva hegemonía excepto sobre los estados más pequeños y más dependientes de su poder de compra o apoyo político. Incluso con la Guerra Contra el terror, usando medios militares, la Dinastía se mostró incapaz de crear dispositivos de seguridad o situaciones estables en el Medio Oriente: tanto el surgimiento del Estado Islámico como el colapso del Norte de África atestiguan como la estrategia americana más que reducir riesgos los multiplica.

Es en ese contexto es en que toma el poder el soberanismo de Trump –el mismo un riesgo fuera de control- y se produce el ascenso de China como dinastía alternativa que solo agudiza el impasse ya existente: el liderazgo de EEUU se erosiona junto a su misma capacidad de modular los riesgos y crear vectores de seguridad pero su asimetría –cualitativa y no cuantitativa- respecto a los demás estados es simplemente demasiado grande. Así, no puede ejercer ese liderazgo por si solo pero tampoco puede ser controlado o balanceado por otros poderes (excepto tal vez por el de China que se le asemeja pero carece de sus dimensiones democráticas). En

ese contexto en que se produce la crisis venezolana en que, paradójicamente, muchos esperaron o temieron que los EEUU ejerciera el poder imperialista que ya no podía o quería ejercer.

“Esquema de dominación y saqueo”.

El Consenso de Washington expresó perfectamente el estado de cosas en las Américas tras la Guerra Fría. La democracia a la vez se convertía en el estándar y era estandarizada. Acuerdos de Libre Comercio se convirtieron en otro estándar en las relaciones con los EEUU complementados con una promesa de un acuerdo general, el ALCA. En el plano de la seguridad un cambio de paradigma reemplazó la contrainsurgencia por la guerra contra el narcotráfico aunque en Colombia, verdadera frontera entre la guerra fría y el mundo unipolar, justamente en ese periodo la contrainsurgencia se convirtió en una matriz biopolítica a gran escala. De hecho, la diferencia entre las dos guerras era muy poco clara en el contexto del Plan Colombia que articuló una cooperación militar al estilo de la contrainsurgencia, para combatir al narcotráfico. Nociones como “narcoguerrilla” y “narcoterrorismo” apagaban la distinción entre narcotráfico e insurgencia y, ya con Álvaro Uribe, el Plan fue considerado una franquicia de la Guerra contra el Terror en la medida en que se fusionó a las guerrillas y el narcotráfico en un solo enemigo

ignorando las ramificaciones del narcotráfico en el paramilitarismo y sus expresiones políticas.

En realidad no solo Colombia era la frontera entre los viejos y nuevos regímenes biopolíticos sino que los mismos Estados Unidos son un inmenso territorio fronterizo entre el imperialismo y el imperio: el estado, si se quiere, “supernacional”, que es una de las dimensiones básicas del Imperio. En general el imperialismo no desapareció con el imperio tal como las fábricas no desaparecieron en el mundo post-industrial: fue subsumido y transformado en Organismos Internacionales, tratados militares y económicos, etc. Así, organizaciones como la OTAN o los Cascos Azules lo han conservado pero mediante el devenir. Lo mismo ocurre con la Guerra Contra las Drogas, el Plan Colombia y las sanciones unilaterales.

Las sanciones, aunque aplicadas por unos estados a otros, tienen una fuerte dimensión normativa: No se aplican solo porque un gobierno crea que unos intereses son afectados sino en nombre de normas y principios jurídicos universales como una suerte de Fuerza de Ley en el mismo espectro de la “Guerra Justa”. En el caso de los Estados Unidos la ambigüedad es mayor pues, por encima de otras antiguas potencias imperialistas coaligadas en la OTAN, es el *enforcer* directo del poder imperial, a la vez adentro y afuera de ese orden, por lo que básicamente es imposible aplicar sobre él sanciones de ningún tipo. De

hecho, el sistema interamericano, parece un modelo a escala de lo que luego sería el imperio donde EEUU ocupaba la misma posición de “supra soberanía” que el imperio ejerce a nivel planetario.

Obviamente el bloqueo a Cuba y su expulsión de la OEA son el caso paradigmático de las sanciones americanas: se castigó a Cuba por pasarse al bloque soviético pero en los años siguientes dictaduras, genocidios, e intervenciones en otros países como las de las dictaduras argentina o de los mismos EEUU no fueron sancionados. En los noventa no solo la continuación de la exclusión de Cuba, pese al fin de la guerra fría, sino la descertificación de Colombia durante tres años por fallar en la Guerra Contra el Narcotráfico demostraron que, aunque vestigiales, las dinámicas imperialistas continuaban: EEUU “*creía que tenía el derecho y la responsabilidad de castigar al gobierno colombiano por su insubordinación*”(74).

Este mismo año, en condiciones totalmente distintas, se planteó un escenario que combinaba los de Cuba y Colombia se presentó en Venezuela: el 18 de febrero el Departamento del Tesoro sancionaba a Rosneft Trading (75) que vendía crudo y gasolina al quebrado estado venezolano. El 22 de abril le prohibía a Chevron, seguir haciendo negocios con Venezuela (76) completando el trabajo de las sanciones de enero de 2019 que cortaron 100 años de comercio petrolero entre Venezuela y EEUU. En Marzo 26 el departamento de estado

ofreció una recompensa por información que condujese a la captura de los jefes del “cartel de los soles” es decir, a las figuras principales del chavismo. **(77)** Barcos estadounidenses empezaron a patrullar cerca de las costas venezolanas pero no ocurrió la intervención o el bloqueo total que ciertos sectores de la oposición esperaban.

Solo 13 años después del discurso de Chávez en la ONU la crisis venezolana mostraba el fracaso no solo de lo que quedara del imperialismo americano, del Imperio y de los gobiernos de izquierda que individual y colectivamente decían oponerse a uno y a otro. Si el “liderazgo” de EEUU es la capacidad de “gobernar a los gobiernos” en el caso de Sudamérica se había demostrado fallido: una Carta Democrática Interamericana fue aprobada en septiembre de 2001, cortada a la medida de Chávez y su “democracia participativa”. Nueve meses después fue derrocado en un golpe de estado en medio de una oleada de anticomunismo cuyo parecido con las que derrocaron a Allende, Suharto y Bosch era evidente. Pero los tiempos eran otros: el golpe falló de la peor manera y Chávez no solo sobrevivió sino que, luego de 2004, disfrutó de un increíble giro de la fortuna con un nuevo boom petrolero y de la llegada al poder de amigos y aliados en toda Sudamérica en un escenario inconcebible en la Guerra Fría.

América Latina ya era muy fuerte y compleja para ser dirigida

como lo era en ese periodo y, a la vez, los Estados Unidos demasiado fuertes para verla como una amenaza. La tendencia de EEUU a distanciarse de Latinoamérica y ocuparse con el Medio Oriente y Asia solo se profundizó con la Guerra Contra el Terror y la Ola Rosada. El hecho de que no hubiese resonancia posible entre el islam político que combatía en el Medio Oriente y los gobiernos seculares latinoamericanos solo aumentó la indiferencia: por años EEUU se dedicó a comprar petróleo a Venezuela, ignorar las diatribas de Chávez mientras la influencia de China y Rusia se acrecentaban. Ni siquiera la amistad entre Ahmadinejad y el venezolano generó mayores inquietudes.

Pero esto solo quería decir que una coyuntura parecida a la de la Detente en los 70s se había abierto solo que con más oportunidades: EEUU en la práctica había renunciado a su pretensión de dirigir a la región, gobiernos con afinidades políticas se habían instalado en casi todo el continente y se relacionaban sin límites con otras potencias y bloques de países: China entró de lleno y Rusia encontró en Venezuela un nuevo mercado para sus armas. Un boom de las materias primas les daba los recursos para todo tipo de proyectos y abrió de par en par las puertas de los créditos. En se contexto Unasur , la Celac y Petrocaribe quedaron como oportunidades perdidas para un nuevo Sistema Interamericano que fuese más federalista que monárquico. En realidad Unasur y la Celac no fueron

Organismos Internacionales nuevos, solo foros para gobiernos amigos, Petrocaribe no hizo más que proyectar el clientelismo venezolano internacionalmente**(78)**: no sobrevivieron al colapso venezolano y a la salida del poder de sus creadores. Fue una verdadera década pérdida.

El colapso venezolano, que remonta al año 2008, tomó por sorpresa a la región: Unasur y la Celac, demasiado preocupadas en proteger a Maduro, no fueron capaces de jugar un papel semejante al de Contadora, pero igual de revelador fue la desilusión de la oposición venezolana que luego de 2017 depositó sus esperanzas tanto en el imperio (las instancias supranacionales) y el imperialismo americano (la intervención militar) viéndose decepcionada. En efecto, Guaidó desmovilizó a los venezolanos insistiendo en que tenía detrás de sí el poder de los EEUU y tras su fracaso el 23 de marzo de 2019 (en lo que parecía ser un intento de crear un pronunciamiento o rebelión militar) quedó claro que, pese a las fantasías de la derecha, Trump no tenía intención de intervenir militarmente - como ya habían advertido algunos analistas **(79)**. La fe en instancias como el Grupo de Lima y en negociaciones mediadas por los noruegos también se demostró vana, especialmente dado el desinterés de la oposición por movilizar a la población y su confianza casi fetichista en los EEUU y la Comunidad internacional. Luego del 11 de septiembre las intervenciones exteriores de los EEUU

se han mostrado incapaces de crear orden de ningún tipo, desastrosas y entrópicas, han llevado o multiplicado el caos o el desastre en el Oriente Medio y el Norte de África. Venezuela no es la excepción: las sanciones aplicadas desde 2017 y en particular las de 2019 a la vez han acelerado él y empujando aún más a Venezuela hacia el campo de las economías ilegales sin lograr ningún cambio o apertura sustantiva. Mientras que la retórica antiimperialista atribuye el colapso a unas sanciones que iniciaron años después del colapso en realidad tanto el auge como la decadencia del chavismo atestiguan la vulnerabilidad del orden internacional surgido luego de la Guerra Fría.

El fin de Venezuela como potencia petrolera causado por las cleptocracia chavista y no por ningún tipo de intervención externa tiene en los reportes de la OPEP **(80)** un registro objetivo: estancamiento de la producción de petrolero en unos 2.4 millones de barriles diarios en todo el periodo de Hugo Chávez y una caída estrepitosa desde 2015. Según el informe del 13 de Mayo de 2020 **(81)** Venezuela estaba produciendo 737 mil barriles diarios. Ya la producción había bajado a menos de un millón de barriles desde el tercer cuarto de 2019 y en 2018 ya estaba en 1.5 millones al día **(82)**. El estancamiento y posterior caída de la producción no tiene otra causa que la corrupción ilimitada y la desprofesionalización de la gestión como ha reconocido el antiguo “Zar” de PDVSA Rafael Ramírez, uno de los

hombres de confianza de Chávez y hoy enemigo de Maduro **(83)**.

Con la salida de la rusa Rosneft del panorama no había forma de abastecer el mercado de gasolina interno y solo hay estimaciones de cuanta se produce en el país **(84)**. El hecho de que la gasolina ahora sea importada y que el proveedor sea Irán hace que el abastecimiento sea todo un problema geopolítico **(85) (86)** que revela a la vez la debilidad de los EEUU y la tendencia de los anti-imperialismos de izquierda a convertirse en meros “alter-imperialismos” a merced de las agendas de potencias menores y usualmente autocráticas.

Aunque no hay ningún tipo de información oficial se cree que la gasolina se compra a Irán con oro del sur de Venezuela donde ocazo de la producción petrolera ha dado paso a un extractivismo minero cuyo polo es la amazonia venezolana y a un rentismo abstracto en que se extraen rentas de cualquier actividad particularmente de las ilegales. En ese contexto no está claro hasta qué punto el “cartel de los soles” es mítico y hasta qué punto es legal, pero los vínculos de los militares venezolanos y del chavismo con el narcotráfico no son nuevos**(87)**.

Con el proyecto de sacar oro del “Arco Minero del Orinoco” al sur de Venezuela las selvas del Caroní se convirtieron en un nodo de una red de tráfico universal: el oro extraído al bruto de las riberas del río es llevado al Banco Central en Caracas donde es vendido a Rusia, Siria Turquía e Irán, o

intercambiado por todo tipo de productos. Noticias e informes de aviones saliendo con oro de aeropuertos venezolanos resurgen periódicamente. Erdogan incluso visitó Caracas **(88)** y pareciera que un mosaico de potencias e “imperialismos” con sus propios intereses y reclamos fueran la contrapartida del soberanismo de Chávez. A la perturbadora simbiosis del chavismo con el estado cubano y la presencia cierta del ELN, se une la dependencia militar con Rusia y ahora una complicada red de conexiones con entes públicos y privados, mafias y facciones, que se hace más clandestina y compleja en la medida en que las sanciones americanas se hacen más severas: Jalifa Haftar, señor guerrero libio también ha visitado Caracas **(89)** sin duda ofreciendo vías para vender el petróleo y adquirir la gasolina.

En la mitología anti-imperialista todas las crisis políticas se explican por una *reductio ad petroleum* o *reductio at lithium*, los países no tienen complejidad o profundidad: solo son el escenario de un saqueo eterno por Estados Unidos y sus transnacionales. Pero el hecho es que los realmente obsesionados con las materias primas son los gobiernos de izquierda, desarrollistas: la idea de considerar el petróleo como una moneda, enunciada por Maduro, ya estaba en Chávez que hablaba de las reservas petroleras como riqueza actual y no potencial. Lo cierto es que sin dinero ni capacidad de solicitar créditos el partido cívico-militar no puede otra cosa que saquear la bóveda

primigenia: no hay capitalismo más “salvaje”, desarrollismo más brutal, extractivismo más puro que el suyo: hiperextractivismo. Las marcas de ese saqueo se ven en la devastación del río Caroní y en las noticias de matanzas de indígenas y mineros **(90)** y en la destrucción de zonas antes casi sagradas como Canaima.

En Venezuela, y en particular ese Sur olvidado por la izquierda, y en particular por los decoloniales **(91)** revela tanto el fracaso de la dinastía Jeffersoniana en asegurar o ordenar lo que fue su patio trasero americano como de los gobiernos que pretendieron construir un nuevo sistema interamericano: los que estaban obsesionados con “Esquemas de dominación y saqueo” imperialistas los replicaron en su propio territorio reducido a mera fuente de materias primas, los que hablaban obsesivamente de soberanía nacional la disolvieron entre los intereses chinos, rusos, turcos e iraníes. Pero los que se obsesionaron con la seguridad no lograron otra cosa que multiplicar y acelerar la inseguridad con cada decisión: ante el impasse de un Imperio que impera cada vez menos y de nacionalismos que destruyen las naciones América Latina se adentra en un siglo que ya no es tan nuevo.

Referencias

GUERRA-BORGES, Alfredo. Apuntes para una interpretación de la revolución guatemalteca y de su Derrota en 1954. Anuario de Estudios Centroamericanos, Vol. 14, No. 1/2 (1988), pp. 109-120.

HARDT, Michael & NEGRI, Antonio. Imperio. Traducción de Eduardo Sadier. Harvard University Press, Cambridge, Massachussets, 2000.

KIM, Inhan. Land Reform in South Korea under the U.S. Military Occupation, 1945–1948, Journal of Cold War Studies Vol. 18, No. 2, Spring 2016, pp. 97–129.

MARCELLA, Gabriel. Las relaciones militares entre los Estados Unidos y América Latina. Crisis e interrogantes futuras. Estudios Internacionales, Año 13, No. 51 (Julio-Septiembre 1980), pp. 388.

MCPHERSON , Alan. Myths of Anti-Americanism The Case of Latin America. The Brown Journal of World Affairs , WINTER / SPRING 2004, Vol. 10, No. 2, pp. 142.

O. EDEL, Matthew. Land Reform in Puerto Rico, 1940-1959: Part One. Caribbean Studies, Vol. 2, No. 3 (Oct., 1962), pp. 26-60.

QUINTERO-RIVERA , Ángel, C. Puerto Rico, c. 1870—1940. The Cambridge History Of Latin America. Cambridge University Press, 2008.

SERRES, Michel. Regreso al Contrato natural, Homo habitus_ Publicación electrónica. Edición nº 5 “Los hombres son hierba”- Octubre de 2007 Traducido por Luís Alfonso Paláu.

TULCHIN, Joseph S. Los Estados Unidos Y América Latina En La Década Del 60. Estudios Internacionales, Año 21, No. 84 (Octubre-Diciembre 1988), pp. 472.

YERGIN , Daniel. The prize : the epic quest for oil, money, and power Simon & Schuster New York. 1991, pp. 433-437.

Notas

1. El País. "Hugo Chávez compara a Bush con el demonio desde el estrado de Naciones Unidas". El País. 20-09-2006 .
https://elpais.com/internacional/2006/09/20/actualidad/1158703213_850215.html
2. Alan McPherson. Myths of Anti-Americanism The Case of Latin America. The Brown Journal of World Affairs , WINTER / SPRING 2004, Vol. 10, No. 2, pp. 142.
3. Michael Hardt, Antonio Negri. Imperio. Traducción de Eduardo Sadier. Harvard University Press, Cambridge, Massachussets, 2000, pp. 148. Versión online en <http://biblioteca.udgvirtual.udg.mx:8080/jspui/bitstream/123456789/1716/1/Imperio.pdf>
4. *Ibíd.*, pp. 152.
5. *Ibid.* pp. 19.
6. William Gibson: "The Gernsback Continuum". *Universe* nro. 11, 1981. Versión castellana de José Arconada Rodríguez y Javier Ferreira Ramos en <https://lecturia.org/cuentos-y-relatos/william-gibson-el-continuo-de-gernsback/2417/>
7. *Ibíd.*
8. Michael Hardt Y Antonio Negri. "Imperio, Veinte Años Después". *New Left Review* 120. Enero - Febrero 2020 Segunda Época, pp. 77.
9. Michel Serres. Regreso al Contrato natural, Homo habitus_ Publicación electrónica. Edición nº 5 "Los hombres son hierba"- Octubre de 2007 Traducido por Luís Alfonso Paláu.
10. Liddell & Scott . "δυναστεία" in A Greek-English Lexicon, Oxford: Clarendon Press. 1940. <http://www.perseus.tufts.edu/hopper/text?doc=Perseus:text:1999.04.0057:entry=dunastei/a>
11. Gabriel Marcella. Las relaciones militares entre los Estados Unidos y América Latina. Crisis e interrogantes futuras. Estudios Internacionales, Año 13, No. 51 (Julio-Septiembre 1980), pp. 388.
12. Robert A. Pastor. "The Caribbean Basin". U.S. and Russian Policymaking With Respect to the Use of Force. https://www.rand.org/pubs/conf_proceedings/CF129/CF-129-chapter8.html
13. Alfredo Guerra-Borges. Apuntes para una interpretación de la revolución guatemalteca y de su Derrota en 1954. Anuario de Estudios Centroamericanos, Vol. 14, No. 1/2 (1988), pp. 109-120
14. *Ibíd.*
15. *Ibíd.*

16. Josep Fontana. Por el bien del imperio: Una historia del mundo desde 1945. Editorial Pasado y Presente. Barcelona 2011 pp. 221. Especialmente el capítulo titulado “Las Operaciones Encubiertas: Guatemala Y Cuba”.
17. Alan McPherson . Herbert Hoover, Occupation Withdrawal, and the Good Neighbor Policy. Presidential Studies Quarterly 44, no. 4 (December)
18. Michael Hardt. Jefferson and Democracy American Quarterly, Vol. 59, No. 1 (Mar., 2007), pp. 42.
19. Alfredo Guerra-Borges. Ibid.
20. Ibíd
21. Ibíd
22. Matthew O. Edel. Land Reform in Puerto Rico, 1940-1959: Part One. Caribbean Studies, Vol. 2, No. 3 (Oct., 1962), pp. 26-60
23. R. P. Dore. The Japanese Land Reform in Retrospect. Far Eastern Survey, Vol. 27, No. 12 (Dec., 1958), pp. 183-188
24. Inhan Kim. Land Reform in South Korea under the U.S. Military Occupation, 1945–1948, Journal of Cold War Studies Vol. 18, No. 2, Spring 2016, pp. 97–129.
25. Ángel Quintero-Rivera, C. Puerto Rico, c. 1870—1940. The Cambridge History Of Latin America. Cambridge University Press, 2008.
26. Inhan Kim. Ibid.
27. Alan McPherson. Ibid. pp. 627.
28. Josep Fontana. Ibíd. Hace énfasis en los prejuicios raciales de Nixon.
29. Fontana. Ibid. pp. 183.
30. Joseph S. Tulchin . Los Estados Unidos Y América Latina En La Década Del 60. Estudios Internacionales, Año 21, No. 84 (Octubre-Diciembre 1988), pp. 472.
31. Ibid. pp. 471.
32. Ibid
33. Alan McPherson. Myths of Anti-Americanism The Case of Latin America. The Brown Journal of World Affairs , WINTER / SPRING 2004, Vol. 10, No. 2. pp. 148.
34. Tulchin. Ibid, pp. 474.
35. Ibid, pp. 478.
36. Ibid, pp. 482.
37. Ibid, pp. 489.

38. Michael Hardt , Antonio Negri. *Multitude : war and democracy in the Age of Empire*. The Penguin Press. New York pp.13
39. Charles H. Weston. *The Political Legacy of Lázaro Cárdenas Jr. The Americas*, Vol. 39, No. 3 (Jan., 1983), pp. 383-405
40. McKenzie Wark. *The Vectoralist Clas. Supercommunity*, 29-08-15.
41. Rostow, "Guerrilla Warfare in Underdeveloped Areas," citado en Tulchin *ibíd*, pp. 491.
42. Michael Hardt, Antonio Negri. *Ibid*, pp. 22.
43. Robert A. Pastor. *Ibid*.
44. Bruno Latour. *We Have Never Been Modern*. translated by Catherine Porter Harvard University Press Cambridge, Massachusetts 1993 pp.24.
45. Michael Hardt , Antonio Negri. *Imperio*. Traducción de Eduardo Sadier. Harvard University Press, Cambridge, Massachussets, 2000 pp.4-5. Versión online.
46. Alan McPherson. *The First World War and the Decline of US Empire in the Caribbean*. 2014, Bulletin de la Société d'Histoire de la Guadeloupe.
47. Robert A. Pastor. *Ibid*.
48. Alan McPherson. *Ibid*.
49. Daniel Yergin. *The prize : the epic quest for oil, money, and power* Simon & Schuster New York. 1991, pp. 433-437.
50. *Ibid*, pp. 436.
51. Alan McPherson. *The First World War and the Decline of US Empire in the Caribbean*. 2014, Bulletin de la Société d'Histoire de la Guadeloupe.
52. *Ibid*.
53. *Ibid*.
54. Fontana. *Ibid*. pp, 185.
55. Alan McPherson. *Misled by Himself: What the Johnson Tapes Reveal about the Dominican Intervention of 1965*. *Latin American Research Review*, Vol. 38, No. 2 (2003), pp. 142
56. "*Los asuntos latinoamericanos rara vez reciben atención de alto nivel*": Abraham Lowenthal, "The Making of us Policies Toward Latin America", *Latinamericanist*, Vol. 10, N° 1 November 18, 1974, pp. 4
57. National Security Council Meeting. 18 de Noviembre de 1986. Desclasificado por el National Security

- Archive. <https://ciperchile.cl/wp-content/uploads/reagan-library-3.pdf>
58. Michael Hardt Y Antonio Negri. “Imperio, Veinte Años Después”. *New Left Review* 120. Enero - Febrero 2020 Segunda Época, p.p. 81.
59. The Cambridge History Of Latin America. Latin America since 1930: Spanish South America. Cambridge University Press, 2008, pp. 167.
60. National Security Council Meeting. November 18, 1986. <https://ciperchile.cl/wp-content/uploads/reagan-library-4.pdf>
61. Ibid
62. Greg Grandin. “Guatemalan Slaughter Was Part of Reagan’s Hard Line”. *The New York Times*. May 21, 2013. <https://www.nytimes.com/roomfordebate/2013/05/19/what-guilt-does-the-us-bear-in-guatemala/guatemalan-slaughter-was-part-of-reagans-hard-line>
63. National Security Council Meeting. 14 de Noviembre de 1986. Desclasificado por el National Security Archive
64. Ver el excelente artículo: Peter Kornbluh y Marian Schlotterbeck . Reagan y Pinochet: El momento en que Estados Unidos rompió con la dictadura”. ciperchile.cl. 23.11.2010. https://www.ciperchile.cl/2010/11/23/reagan-y-pinochet-el-momento-en-que-estados-unidos-rompio-con-la-dictadura/?fbclid=IwAR11_7ZCsGHRG_x85lws6P6YL0Zr1hdA7atpKPsUl48z3ExC7dmBTnmDVhA
65. Patricio Quiroga Z. Las jornadas de protesta nacional Historia, Estrategias y Resultado (1983- 1986). Encuentro XXI , Otoño de 1998 año 4 N° 114, pp. 42.
66. National Security Council Meeting. 14 de Noviembre de 1986.
67. National Security Council Meeting. November 18, 1986.
68. Victor Bulmer-Thomas. “Nicaragua since 1930”. The Cambridge History Of Latin America Volume VII Latin America Since 1930: Mexico, Central America And The Caribbean Cambridge Histories Online © Cambridge University Press, 2008, pp. 351-353.
69. Nicholas John Spykman. *Americas Strategy In World Politics*. Harcourt, Brace and Company New York. 1942, pp. 46.
70. *Ibíd.*, pp.60.
71. Reymundo Gurdían Guerra. La Estrategia Negociadora De Los Tratados Torrijos-Carter. *Tareas*, núm. 146, enero-abril, 2014, pp. 31-51

72. Bruce Michael Bagley. Contadora: The Failure of Diplomacy. *Journal of Interamerican Studies and World Affairs*, Vol. 28, No. 3 (Autumn, 1986), pp. 4
73. Ibid, pp. 3.
74. Jonathan D. Rosen and Roberto Zepeda. "Counternarcotic Policies and Cooperation in Colombia A Shift in Policy?". *Cooperation and Drug Policies in the Americas Trends in the Twenty-First Century* edición de Roberto Zepeda y Jonathan Rosen Lexington Books. New York . 2014, pp. 36.
75. Lara Jakes. New York Times. U.S. Imposes Sanctions on Russian Oil Company Supporting Venezuela's Leader. 21 02 2020
76. Worldoil. U.S. halts Chevron in Venezuela with end to sanctions waivers.worldoil.com. 4/22/2020
77. Michael R. Pompeo. Department of State Offers Rewards for Information To Bring Venezuelan Drug Traffickers to Justice. 03 06 2020
78. Ciara Nugent. Why a Venezuelan Oil Program Is Fueling Massive Street Protests in Haiti 2 Dead in Haiti as Protesters Demand the Removal of President Jovenel Moise. *Time.com*. 24 06 2019. <https://time.com/5609054/haiti-protests-petrocaribe/>
79. Niall Ferguson. Donald Trump won't take on Nicolas Maduro's muchachos in Venezuela. *Niallferguson.com*. <http://www.niallferguson.com/journalism/politics/donald-trump-wont-take-on-nicolas-maduros-muchachos-in-venezuela>
80. Ver: OPEC Anual Reports. https://www.opec.org/opec_web/en/publications/337.htm.
81. OPEC Monthly Oil Market Report – May 2020
82. Ibíd
83. Rafael Ramírez Carreño. Se profundiza la crisis: ¿Por qué no hay gasolina en Venezuela y por qué se retira Rosneft? *Aporrea.org*. 29 03 2020
84. Eugenio Martínez. PDVSA solo logra refinar 20% de la gasolina que se necesita en Venezuela 27 05 2019 .
85. News Editor. 2nd gasoline-laden Iranian ship arrives in Venezuela. 27 05 2020
86. Marianna Parraga, Jonathan Saul. Exclusive: Oil tankers turn away from Venezuela as more sanctions loom. *Reuters*. 9 06 2020
87. Insight Crime. Walid Makled.insightcrime.org. 13 05 2019

88. Anadolu Agency. Turkish president arrives in Venezuela for talks. aa.com.tr. 03.12.2018

89. Reuters. EEUU investiga informes sobre negocios petroleros de comandante rebelde libio con Venezuela. Ita.reuters.com. 11 06 2020.

90. Minerva Vitti. Ikabarú y las masacres del modelo extractivista-minero noviembre 25, 2019. Revista Sic

91. A mi profesor Edgardo Lander le corresponde el honor de ser prácticamente el único miembro del movimiento decolonial movilizado contra la depredación en el Sur del Orinoco: Edgardo Lander. The implosion of Venezuela's rentier state. New Politics Papers. 1 09 16.

Abstract

In this text I will study the mutations in power relations in the American continent without a particular sympathy for the United States, but beyond the national-popular or Marxist paradigms. As the reader will see, the United States will not appear in a more favorable light, simply different: Latin America during the 20th century was for the United States a source of risk rather than a source of wealth considered not within the sphere of economics but of the much broader sphere of security. It was the dynamics of popular, citizen and worker struggles, together with a growing autonomy of states and elites, which basically exhausted US imperialism, although, in a dramatic turn, they did so at the same time that the United States passed to be an essential component in a new geopolitical order that, following Antonio Negri and Michael Hardt, can be called Imperial rather than imperialist - and that in Wark's we would call vectorist.

Keywords:

Empire; Michael Hardt; Antonio Negri; United States; Imperialism

Resumen

En este texto estudiaré las mutaciones en las relaciones de poder en el continente americano sin una particular simpatía por los Estados Unidos, pero más allá de los paradigmas nacional-populares o marxistas. Como el lector verá EEUU no aparecerá en una luz más favorable, simplemente distinta: América Latina durante el siglo XX fue para EEUU una fuente de riesgos más que una fuente de riquezas considerada no dentro de la esfera de la economía sino de la mucho más amplia de la seguridad. Fue la dinámica de las luchas populares, ciudadanas y obreras, junto a una creciente autonomía de los Estados y las elites, los que básicamente agotaron el imperialismo norteamericano aunque, en un giro dramático, lo hicieron en el mismo momento en que los Estados Unidos pasaban a ser un componente esencial en nuevo orden geopolítico que, siguiendo a Antonio Negri y Michael Hardt puede ser llamado Imperial más que imperialista -y que en los de Wark llamaríamos vectorialista.

Palabras clave:

Imperio; Michael Hardt; Antonio Negri; Los Estados Unidos; Imperialismo